



*Un día en la vida  
de una mujer sonriente*



MARGARET DRABBLE

*Traducción del inglés a cargo de  
Miguel Ros González*



IMPEDIMENTA



Título original: *A Day in the Life of a Smiling Woman*

Primera edición en Impedimenta: marzo de 2017

© 2011 by Margaret Drabble

Copyright de la traducción © Miguel Ros González, 2017

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2017

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

La traducción de este libro se rige por el contrato tipo propuesto por ACE Traductores.

Diseño de colección y coordinación editorial: Enrique Redel

Maquetación: Nerea Aguilera y Sonia Antón

Corrección: Susana Rodríguez

ISBN: 978-84-16542-79-6

Depósito Legal: M-7163-2017

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A Pat Kavanagh

## LA TORRE DE HASÁN

— Si estuviese segura de que son gratis —dijo ella—, me los comería.

—Tienen que serlo —dijo él—, a juzgar por el precio de la bebida.

—Pero supongamos, y solo es una suposición —repuso ella—, que fueran tan sumamente caros como la bebida. Si te cobran doce chelines por un *gin-tonic*, no quiero ni pensar lo que tendrías que pagar por algo así.

Él guardó silencio, pues había llegado exactamente a la misma conclusión, aunque se mostrara reacio a admitirlo, reacio a revelarles hasta qué punto llegaba su miedo crematístico. Además, le había molestado que ella lo verbalizase, ya que, para la joven, esas reflexiones suponían meras sutilezas coyunturales, mientras que para él eran el pan de cada día. El joven miró con ojos tristes los pequeños cuadraditos de pan tostado, decorados, para su desgracia, con apetitosas

sardinas, gambas y olivas, y se preguntó a cuánto se cotizarían en ese sistema financiero fantástico, y a la vez increíble, en el que acababa de entrar. ¿Cuál, se preguntó, sería el precio máximo que podría alcanzar cada uno de esos cuadraditos? ¿Cinco chelines? Absurdo, absurdo pero no imposible, eso seguro. ¿Siete chelines con seis peniques? Bueno, siete con seis sí que era del todo imposible. Parecía inimaginable, incluso en un hotel de cinco estrellas marroquí, que unos simples panecillos pudiesen llegar a costar siete chelines con seis peniques. Así pues, si la joven se los comía todos (y estaba claro que iba a comérselos, pues su apetito se había vuelto insaciable), la broma ascendería a más de tres libras. Pero ¿qué suponían tres libras, a fin de cuentas, entre amigos? ¿O entre recién casados, mejor dicho? Se diría que nada. Para su creciente sorpresa, incluso a él le pareció que no significaban nada de nada. Aunque, por supuesto, era una cantidad excesiva, y mucho, para unos cuadraditos. Claro que también era posible, incluso probable, que fueran gratis, que los hubieran puesto ahí y estuvieran, como quien dice, incluidos en el precio desorbitado de los *gin-tonics*. Si ese fuera el caso, sería una pena dejarlos. Pero si no lo eran y ella se los comía y luego se dirigían al ascensor para subir a su habitación creyendo que no había que pagarlos, ¿qué pasaría? ¿Saldría aquel camarero ataviado con un ridículo fez de detrás de la barra con un gesto ágil y se pondría a perseguirles? ¿Incluirían quizá, con suma discreción, el coste en los extras de la factura del hotel, ya de por sí bastante caro? La verdad era que la falta de experiencia lo tenía atrapado entre dos tipos de tacañería: le cabrearía dejarlos si eran gratis, lo mismo que le cabrearía comérselos si costaban más de la cuenta. Para colmo, el suntuoso y, a

la vez, injustificado titubeo de la joven le irritaba aún más: ¿para qué se había casado con ella, sino para que decidiese esas cosas?

Finalmente, estiró la mano y cogió uno, y luego empujó el platito hacia ella. La joven se comió otro con una actitud independiente, casi ausente, contribuyendo todavía más a su creciente irritación. No mostró ni un ápice de gratitud por su decisiva acción, y dio buena cuenta del panecillo con una expresión fría, como si hubiera olvidado la nimia crisis por la que estaban pasando desde hacía un buen rato. Y, en efecto, eso era lo que había ocurrido, como pudo comprobar en cuanto la joven habló.

—Me encantaría —dijo con esa voz estridente, pero discreta, y ese acento tan marcado tan típicos suyo— que no te pusieras tan nervioso cuando la gente intenta venderte algo. Me refiero, por ejemplo, al hombre del zoco de esta tarde. No hacía falta ponerse así de histérico, ¿no?

—¿Cómo que histérico?

—Bueno, no tenías ninguna necesidad de gritarle, ¿no crees?

—Y no le he gritado. Apenas si he levantado la voz... Además, si no gritas, esa gente no deja de incordiarte jamás.

—Pues no les hagas ni caso.

—¿Cómo no voy a hacerles caso si se me cuelgan de las mangas del abrigo?

—Pues, entonces —dijo ella, cambiando de táctica—, ¿por qué no te lo tomas a risa y ya está? Eso es lo que hacen los demás, reírse.

—¿Y cómo sabes tú que los demás se ríen?

—Porque lo he visto. Esa pareja francesa que nos cruzamos en Marrakech, por ejemplo, que iba rodeada de todos

esos chiquillos que no dejaban de incordiarles, se iba riendo sin más.

—Pues yo no le encuentro la gracia —dijo él—. Preferiría que me dejaran en paz y punto, para ver las cosas a mi aire.

—No lo hacen con mala intención. Solo prueban...

—Bueno, pues yo preferiría que no probasen conmigo.

—Lo que te gustaría a ti —dijo ella— sería que estuviésemos en un país sin gente. Solo con sitios que ver. Y hoteles.

—Eso es una auténtica tontería —respondió él—. A mí la gente me da absolutamente igual, lo que de verdad me gustaría es que dejaran de intentar venderme por todos los medios cosas que no quiero. Solo pretendo que me dejen en paz.

—Pues a mí me parecen todos bastante divertidos —dijo ella, levantando ligeramente la barbilla, con determinación.

Y él la odió por decirlo, porque sabía que aquella gente no le parecía en absoluto divertida. Antes bien, esos malabaristas y charlatanes extranjeros, esos encapuchados silenciosos vestidos con sus túnicas, le daban un miedo de muerte, y la única razón por la que no le gustaba que él les gritase era porque temía que eso desatara algún tipo de reacción violenta u ofensiva por su parte. Solo quería que él se riese para apaciguarlos. En realidad, se ponía tan nerviosa que, si la hubiese dejado allí sola, habría acabado comprándoles sus objetos horribles, sus camellos de peluche mal cosidos, sus gorritos de lana feos como ellos solos e incluso sus anillos con piedras falsas e irregulares. En cambio, si él los hubiese comprado, ella lo habría menospreciado, como habría hecho si el miedo o la ignorancia le hubieran llevado a dejar intactas las gambas y las olivas. Acusarlo de albergar sus propios miedos era muy propio de

ella... Sin embargo, hubo sin duda un tiempo en el que, de algún modo, debieron compartir sus mutuos temores, y era un tiempo no muy lejano. Incluso durante su prolongado y agotador noviazgo hubo momentos de acuerdo, momentos en los que él podía burlarse de la familia de ella, y ella podía mofarse de la de él, con cierta clemencia. Sin embargo, en las últimas dos semanas, desde la boda, su antagonismo, tan básico y a la vez tan predecible, encontró el instante propicio para brotar y florecer, y su luna de miel no había sido sino una exacerbación deliberada del aciago crecimiento de sus mutuas antipatías. Él confiaba en que cuando salieran de Inglaterra dejarían atrás algunas de sus diferencias más evidentes, que deberían demostrarse del todo irrelevantes en un país extranjero; sin embargo, ambos comprobaron que, a pesar de haber cruzado las fronteras de su país, seguían encallados en un mundo de auténtico conflicto británico, donde las formas de uno y de otra se exageraban de manera monstruosa. Era como si hubieran emprendido una suerte de gira para que todo Marruecos tuviese el placer de contemplar a una auténtica y genuina pareja británica. Ciertas cosas de ella que él había sido capaz de tolerar en casa, contemplándolas como un mero producto de su experiencia pasada, le parecían ahora inherentes a su mujer. Pero, de igual manera, sentía que sus propios defectos se habían magnificado hasta extremos insospechados y, bajo las presiones extranjeras, su comportamiento le había convertido en una farsa de sí mismo. De repente, entendió el sentido que tenía aquello de dejar el sexo para la luna de miel, pues al menos esos asuntos le habrían distraído y le habrían evitado otros presagios más lúgubres. Ir a Marruecos había sido un error, pero ¿dónde

iban a ir si no, estando en aquella situación, con tanto dinero y en un mes tan frío?

Era el dinero, sin duda, lo que había creado los mayores problemas, y era Marruecos lo que arrojaba una sombra tan repugnante sobre ese dinero. Sabía de sobra que, de no estar ganando, como se repetía a sí mismo día tras día, un sueldo sorprendentemente alto, jamás habría osado casarse con una chica de una familia tan adinerada, sobre todo por aquello del qué dirán. Así que entre los dos, ella merced a una pequeña herencia y él con el dinero que había ganado con el sudor de su frente escribiendo artículos inútiles para un periódico, acumulaban una pequeña fortuna. Sin embargo, el tema de sus finanzas era una fuente infinita de amargura. Ambos sentían culpa, pero la de ella era heredada, y adquirida la de él: cuando él la atacaba por esa causa, no dejaba de darse cuenta de que mucho más culpable era él, pues al menos había podido elegir. Decir que cuando aceptó el empleo no buscaba el dinero, sino ese trabajo en sí, no era ninguna justificación, pues sin duda había ramas del periodismo menos lucrativas que esa en la que, por respetable e inocente que fuese su trayectoria, acabó recaiendo. Seguro que lo habría querido, igualito que la habría querido a ella, aunque, como en el caso del dinero, tuviera muchísimas connotaciones que despreciaba. Pero, al menos en Inglaterra, el dinero parecía necesario y también retorcidamente deseable: todos los amigos de ella disponían de posibles; todos sus amigos, inteligentes, empezaban también a ganar buenos sueldos, y a veces incluso se sorprendía preguntándose cómo podía ser que sus padres hubiesen fracasado tan estrepitosamente sin conseguirlo. Sin embargo, en Marruecos la cosa era muy distinta. Para empezar,

cada penique que gastaban era del todo innecesario (aunque confiaba en poder recuperar una pequeña parte de los impuestos escribiendo un artículo sensato), sobre todo porque nadie los veía gastarlos, y porque las condiciones en las que se producía ese dispendio le resultaban harto nauseabundas. Él jamás se habría esperado encontrarse con toda esa pobreza y escualidez, y la brecha entre ricos y pobres, entre hotel y medina, le hacía devanarse los sesos continuamente, en un esfuerzo por comprender. En sus años de estudiante, hacía ya un tiempo, cuando viajaba de otra forma, había llegado muy cerca de aquí, a Tánger. Por entonces, con solo unas cuantas libras en el bolsillo, sufría a causa de unos dolores de estómago espantosos, del hambre, de la suciedad y de unas ampollas sumamente dolorosas. Se sentaba en cafés mugrientos junto a expatriados de mala fama, contemplando fijamente el glamur de los turistas más elegantes, anhelando sus camas y sus comidas, y sin embargo convencido de que era feliz, y de que ellos no eran capaces de ver, como él había visto, la ciudad blanca surgir del mar al alba, en la distancia inodora, aún más bella si cabe merced a la noche estrecha y hedionda. En aquella época se le había permitido ver; y, dado que ahora era incapaz de hacerlo, ¿no era lógico deducir que era el dinero lo que había arruinado su visión?

La verdad era que quizá en aquel entonces le resultaba más fácil fingir que él también era pobre, como esos árabes, y eso le llevó a descubrir que también se podía vivir así. No ponía muecas al mirar sus casas, y nadie creyó que mereciese la pena incordiarlo con camellos de peluche ni rubíes falsos. Pero ahora, en su dolorosa luna de miel, cada vez que ponía un pie fuera del hotel, algún chiquillo apostado junto a la puerta pegaba un brinco y empezaba a hablarle sin parar, a

parlotear sobre sus zapatos, que si podía limpiar los zapatos del señor, que si por favor podía limpiar los zapatos del señor, que sabía hablar inglés, que se sabía las canciones de Los Beatles, mire... Ese chiquillo siempre estaba ahí, esperando, y en cuanto Kenneth osaba atravesar las grandes puertas giratorias —incluso le giraban las puertas, ni siquiera le concedían el placer de salir empujándolas él mismo—, aquella criatura miserable, con su sonrisilla y su cara de mono, se abalanzaba sobre él. El chiquillo en cuestión era hartito servil, y al mismo tiempo cada vez se comportaba de un modo más desvergonzado: cuando Kenneth rehusó por décima vez que le limpiase los zapatos, se atrevió incluso a señalar que les hacía falta una buena limpieza, que eran una deshonra para cualquier turista de hotel que se preciase. Y Kenneth, mirándose los pies, no tuvo más remedio que admitir que, efectivamente, sus zapatos estaban sucios, como de costumbre, pues no le gustaba nada limpiarlos: no le gustaba el olor del betún y tampoco le gustaba mancharse las manos. Y, sin embargo, no podía permitir que aquel niño burlón, de odiosos ojos taimados, se los limpiase, pues no era propio de él quedarse ahí mientras otro par de manos se manchaban en lugar de las suyas por dinero. Así las cosas, cada vez que entraba o salía del hotel, el niño que se apostaba en la puerta canturreaba alguna cancioncilla en francés sobre el inglés tacaño con los zapatos perdidos de barro, y Chloe, fría, se ponía rigidísima a su lado.

Ahí estaba ahora, bebiéndose su *gin-tonic* y comiéndose distraídamente los caros cuadraditos... La expresión de su cara, un tanto inexpresiva y adusta de por sí, mostraba una insulsa tranquilidad, pero el cansancio propio del turista hacía que la burda palidez de su piel se filtrase a través del

maquillaje. No dejaba de sorprenderle constatar lo sencilla, lo anodina que era, pues cuando la vio por primera vez le pareció una mujer muy hermosa, exótica y, obviamente, digna de admirar. Ahora que la conocía mejor, podía darse cuenta de que lo único que le proporcionaba cierta elegancia febril era la vivacidad. Su elegancia era auténtica, pero rara vez se dejaba ver. Cuando estaba tranquila, era más bien poca cosa, y su cara, que otrora le deslumbrase y lo asustara, ahora solo lo conmovía. Un día, meses atrás, al principio de su noviazgo, en un momento de confianza ella le enseñó una foto de sus tiempos de colegiala. Al contemplar su cara impasible, anodina y rechoncha mirando con tristeza a la cámara entre el resto de sus compañeras, de rasgos más discretos y aceptables, el desasosiego se apoderó de él, pues por primera vez experimentó un sentimiento de compasión hacia ella, y si había algo que él odiara eran los arrebatos de compasión. Pero ya era demasiado tarde, y desde aquel instante no pudo rechazar la tentación de la pena, como antes no había podido rechazar la de una envidiosa admiración. A medida que sus primeras y nítidas impresiones sobre ella se fueron fundiendo en una maraña borrosa de complicaciones, el joven empezó a ampararse en lo que los demás decían de ella, como si las opiniones del resto sobre su valía fuesen más justas, pues le resultaba imposible aceptar que se hubiese casado con una mujer así por puro sentido de la obligación. A los otros les parecía hermosa, así que debía serlo, y debía de ser única y exclusivamente culpa suya que ya no la viese así.

Cuando la joven se acabó el *gin-tonic*, y todos los cuadrados menos uno (él ni siquiera podía llamarlos canapés para sus adentros, pues la palabra ofendía sobremanera su sentido del estilo; y sin embargo, no tenía una palabra para

designar algo así, porque en su vida anterior esas cosas no existían, así que ¿de qué otro modo iba a llamarlos?), se recostó en su sillón y su pañuelo cayó al suelo sin que se diera cuenta. Un joven uniformado que pasaba por allí se lo devolvió. Parecía cansada, la ginebra se le había subido a la cabeza; se achispaba con facilidad. A él no le sorprendió que dijese: «Vamos a quedarnos en el hotel esta noche, que no tengo fuerzas para volver a salir. Cenemos en el restaurante panorámico, ¿vale?».

A él le pareció bien, por supuesto. Le aliviaba saber que no tendría que volver a pasar junto al limpiabotas sonriente. Así que subieron a su habitación para cambiarse, y luego se dirigieron al gran restaurante acristalado del ático, desde el que contemplaron la ciudad mientras cenaban en silencio, y ella se quejó de su filete, y él se enfadó cuando el *maitre* llegó y le arrebató su naranja, alegando que él se la prepararía, como si un hombre no pudiera pelarse su propia naranja (aunque, en efecto, no le gustaba pelar naranjas, le gustaba casi tan poco como limpiarse los zapatos: no le gustaba que se le metiese el jugo en las uñas ni le gustaba la piel blanca que su pereza le obligaba a comerse). Entonces ella se enfadó con él por enfadarse con el *maitre*, y abandonaron el restaurante en silencio, y en silencio se fueron a la cama, importunados únicamente por el zumbido incontrolable del aire acondicionado, que ninguno de los dos supo apagar. En Marrakech, las naranjas colgaban de los árboles junto a la carretera, y de cuando en cuando caían con un ruido sordo a sus pies. Las murallas y los edificios también eran naranjas, y se recortaban con gran belleza, aunque él no la percibía, contra los montes Atlas —territorio de leones— nevados en la distancia. Y allí, en Marrakech, discutieron con

vehemencia, porque no eran capaces de encontrar el palacio de la Bahía, y porque él se negó a contratar a un guía, pues no se fiaba de ninguno, y porque a los dos les asustaron los chiquillos acosadores.

Por la mañana fueron a Rabat. No tenían demasiado interés en ir a Rabat, pero a algún sitio había que ir, y les habían dicho que merecía la pena ver la capital. Una vez allí, no sabían qué monumentos visitar, así que fueron al aburrido palacio de estilo moderno, y se preguntaron cómo había tantos turistas locales, hasta que compraron un periódico y se enteraron, como buenamente pudieron, de que ese día se celebraba una fiesta nacional. Se sentaron en un café de estilo francés, ojearon el periódico y se dedicaron a decidir dónde almorzar. Él volvió a decirse que el dinero, en lugar de ampliar sus miras, los confinaba de tal manera que lograba que elegir no tuviera sentido. Al parecer, había un restaurante lo bastante caro para ellos con el mismo nombre que un sitio llamado «torre de Hasán», así que al final fueron allí, y la estúpida idea del falso encanto de comer aquel cuscús horrible, que sabía fatal se cocinara como se cocinase, volvió a adueñarse de él. Después de comer, como no sabían qué hacer, ella dijo:

—Bueno, pues vayamos a ver la torre de Hasán.

—¿De verdad quieres ir a ver la torre de Hasán? —preguntó él con tono irritado—. Si ya sabes lo que te vas a encontrar: un montón incomprensible de ladrillos desmoronándose, abarrotado de guías, vendedores de postales y carteristas. Y encima un día de fiesta... Seguro que es aún más horroroso que de costumbre.

—Quizá sea bonita —repuso ella—, nunca se sabe, quizá sea bonita...